

Newsletter semanal

11 de diciembre de 2020

Vol. 12

¿Qué pasa en los Estados Unidos?



En este número

Editorial: Joe Biden y Jake Sullivan en Venezuela

El peligro de los algoritmos

La sociedad compleja y la celebración del disenso (Parte I)

A la conquista del 5G: el nuevo campo de batalla entre las principales potencias

Joe Biden y Jake Sullivan en Venezuela

El pasado 6 de diciembre el régimen venezolano encabezado por Nicolás Maduro llevó a cabo elecciones para renovar la Asamblea Nacional. La farsa del fraude realizado no puede dejar neutral a nadie. Los países han tomado posición por uno u otro lado porque no tomar posición ante un acontecimiento tan grosero significa estar a favor del régimen. Por ejemplo, Argentina se encaminaba a confirmar su simpatía con el régimen de Maduro ejerciendo una forma de neutralidad que no es tal. El Secretario de Estado de la actual administración Trump, Mike Pompeo, fue claro desde el inicio: “Venezuela’s electoral fraud has already been committed. The results announced by the illegitimate Maduro’s regime will not reflect the will of the Venezuelan people. What’s happening today is a fraud and a sham, not an election...”. Por su parte, Jake Sullivan, el talentoso e influyente joven nominado por Biden como su National Security Adviser y, probablemente, una persona clave para América Latina incluso por encima del propio Secretario de Estado nominado, Anthony Blinken (amigo cercano de Sullivan), no se ha referido en los últimos días explícitamente a lo acontecido en Venezuela, aunque sí ha hecho concretas menciones sobre la amenaza china en Hong Kong y en Australia: “I’m deeply concern about the continuing arrests and imprisonment of pro-democracy activists in Hong Kong. We stand united with our allies and partners against China’s assault on Hong Kong’s Freedom- and to help those persecuted find safe haven”. Sobre Australia, Sullivan ha dicho que “The Australian people have made great sacrifices to protect freedom and democracy around the world. As we have for a century, America will stand shoulder to shoulder with our ally Australia and rally fellow democracies to advance our shared security, prosperity, and values”.

Sullivan si se ha referido a las amenazas a la libre expresión en Cuba a partir de la huelga de hambre realizada por miembros del “Movimiento San Isidro”. Su silencio sobre Venezuela es, evidentemente, estratégico.

Joe Biden es un presidente urgido por la coyuntura global en la que vive y por su propio poco tiempo. La crisis venezolana no se resolverá en el corto plazo y es posible que Biden no pueda ni quiera tener un horizonte de mediano-largo plazo. Esto es un problema para los demócratas venezolanos y para la democracia en la región. En este sentido, es necesario remarcar la figura clave de Jake Sullivan. En más de una oportunidad ha mencionado que una estrategia posible para la administración Biden sobre Venezuela sería a través de Cuba. Para Sullivan, restablecer lazos con la dictadura cubana podría ser un mecanismo para generarle incentivos a la isla a promover un cambio de régimen en Venezuela. Por ejemplo, dada la dependencia energética que tiene Cuba del petróleo venezolano, un posible mecanismo para impulsar una salida pacífica de Maduro sería facilitarle al régimen cubano proveedores alternativos de combustible. El argumento es preocupante. No tanto por la estrategia en si mismo sino porque, justamente, la administración Obama no la utilizó cuando debía, es decir, cuando restableció relaciones diplomáticas con Cuba. En ese momento ni siquiera puso sobre la mesa la presencia cubana en Venezuela (las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos se restablecieron formalmente el 17 de diciembre de 2014, por lo que las negociaciones se llevaron a cabo en 2013 y 2014, comenzando después de la asunción del Papa Francisco, el 19 de marzo de 2013). Dado que los demócratas con Obama (administración de la que participaron tanto Biden como Blinken y Sullivan) no utilizaron esa estrategia con el régimen comunista

cuando tenían las herramientas para que esos incentivos surtieran efecto, no se entiende por qué tendrían ahora impacto en Miguel Díaz Canel y Raúl Castro.

A principios de 2019 Sullivan sostuvo sobre la crisis venezolana que “I would say that a military solution driven by the United States is too big a risk to entertain, and therefore, the United States should be focused on all of the non-military tools we can bring to bear. And that means doubling down on the sanctions pieces and continuing to build the international coalition around this and particularly focus on breaking off China, Cuba and Russia from Venezuela through whatever means we have available to us because those, effectively, are the lifelines. Now, if the countries of the region, if the Colombians and Brazils and others, decide that they want to take more aggressive action, that’s up to them”.

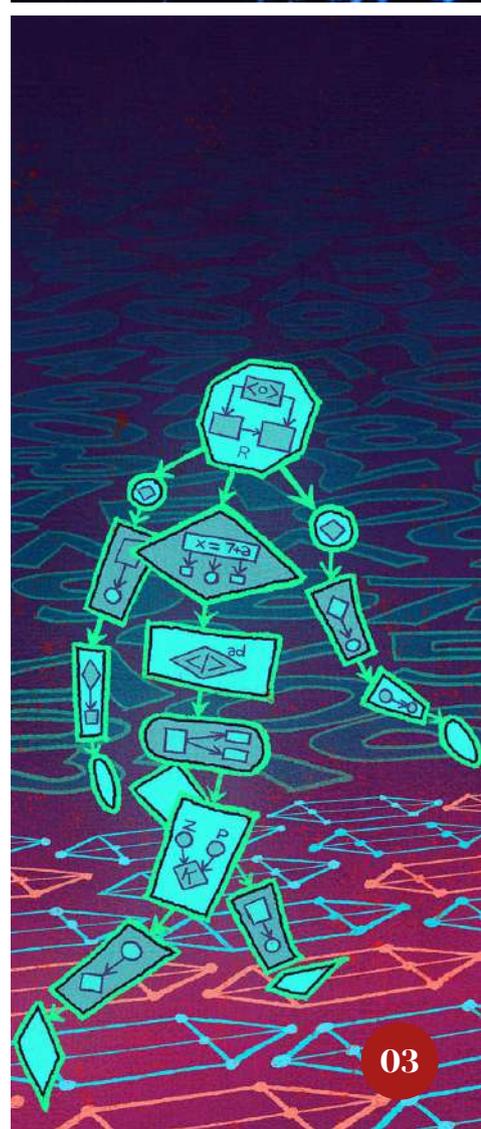
Biden debe mostrar que tiene la convicción suficiente para apoyar el proceso de cambio en Venezuela que impulsan, con sus matices, el Grupo de Lima y el Grupo de Contacto ¿Cómo lo hará? No queda claro. Parece evidente que para ello la próxima administración Biden deberá realizar dos tareas sensibles e imprescindibles de acercamiento con Brasil y Colombia. Probablemente Biden no tendrá tiempo ni ganas de involucrarse con Bolsonaro. Por su parte, Blinken tendrá ganas pero no tiempo. Sullivan no solo tendrá la obligación de involucrarse sino de no repetir los errores de la administración Obama. Los humanos aprendemos de nuestros errores y los humanos brillantes como Sullivan seguramente mucho más.

El peligro de los algoritmos

En los Estados Unidos viven 330 millones de personas con un ingreso per cápita alto. En una democracia de semejante complejidad cohabitan expresiones extremas y moderadas. El desarrollo tecnológico ha contribuido a potenciar lo mejor y lo peor de una sociedad tan próspera y diversa. Así, las nuevas tecnologías han ayudado a democratizar el acceso a la información, permitiendo que cualquiera de nosotros pueda fácilmente obtenerla, pero también crearla y compartirla. A diferencia de lo que sucedía con los medios de comunicación tradicionales, las redes sociales han casi que eliminado las barreras a la publicación, optando por priorizar la participación de los usuarios por sobre la veracidad y la calidad de esta. De este modo surge un nuevo escenario virtual, con una sobreabundancia de información, mucha de la cual es falsa o manipulada, que amenaza el funcionamiento de los sistemas democráticos.

En este contexto nació MLADI, “Media Literacy Against Desinformation Initiative”, la iniciativa de CESCOS (Centro para el Estudio de las Sociedades Abiertas) dirigida a combatir las amenazas de la desinformación a través de la educación. MLADI busca sentar las bases para que en un futuro los propios usuarios sean capaces de distinguir por si solos lo que es información veraz, chequeada, de fuentes reales y constructiva para el ejercicio de una ciudadanía plena. Desde mediados de este año MLADI ha organizado una serie de conferencias abiertas a todo público, al igual que talleres exclusivos para estudiantes universitarios. En estos eventos, profesionales de diversas áreas han expuesto sobre una amplia variedad de temas, con el objetivo de concientizar sobre los peligros del consumo de información en línea y fortalecer el pensamiento crítico para así evitar convertirse en usuarios incautos e influenciados. Uno de los conceptos más importantes abarcado en varias de estas instancias, y protagonista del debate público sobre la desinformación, ha sido el de los algoritmos.

La palabra “algoritmo” ha adquirido una especial relevancia en los últimos años, muchas veces asociada con una connotación negativa, que se utiliza con mucho desconocimiento, lo que nos lleva a preguntarnos ¿qué son los algoritmos? Este no es un concepto nuevo, sino que la expresión se remonta al siglo IX para referirse a un conjunto de reglas utilizadas para resolver operaciones aritméticas. Desde entonces están presentes en nuestra rutina diaria, muchas veces facilitándonos la vida sin darnos cuenta. En términos bien simples un algoritmo no es más que una serie de instrucciones precisas que se llevan a cabo para obtener un resultado, que no necesariamente debe



ser numérico o incluso único. El ejemplo típico que suele utilizarse es el de las recetas de cocina donde la receta, que sería el algoritmo, nos permite pasar de un estado inicial, representado por los ingredientes, a un resultado que sería el plato terminado.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que actualmente la principal acepción popularmente considerada para la palabra algoritmo, refiere a las estructuras y procedimientos utilizados para el desarrollo de programas de computación, que incluyen desde el propio software de una computadora hasta una aplicación como Uber para transportarnos de un lugar a otro. De este modo, todo el tiempo estamos interactuando con algoritmos, que no sólo nos hacen la vida más fácil, sino que también condicionan nuestra visión del mundo e influyen nuestras decisiones. El control casi imperceptible que ejercen sobre nosotros, unido a la falta de transparencia sobre cómo funcionan, representan el principal peligro de los algoritmos.

La desinformación es uno de los fenómenos que se ve favorecido por el uso sin restricciones de los algoritmos por las grandes empresas tecnológicas. Tomemos el ejemplo del algoritmo de Google. Ya es de público conocimiento que dos personas pueden realizar la misma búsqueda y obtener resultados completamente diferentes. Esto sucede porque el algoritmo de Google está diseñado para buscar, clasificar y ordenar los resultados de búsqueda en base a cientos de diferentes variables, incluyendo las preferencias y el contexto personal de cada usuario. En otras palabras, cada vez que navegamos y visitamos una página web vamos dejando involuntariamente rastros de información, como nuestra ubicación geográfica, sexo, edad e incluso nuestras afinidades o ideología política. Esta información es tomada por el algoritmo de Google para luego ofrecernos una experiencia

personalizada, de forma tal que los resultados de búsqueda son únicos para cada usuario.

Esta situación no es exclusiva de Google, sino que sucede lo mismo con otros servicios digitales como Facebook, Twitter o Instagram. Los algoritmos detrás de estos servicios recopilan información de los usuarios para personalizar el contenido que se nos muestra, de manera tal que se alinee con nuestros intereses y opiniones. De este modo se crean las llamadas burbujas de información, un concepto acuñado por el ciberactivista estadounidense Eli Pariser, donde sólo accedemos a la información, ya sea verdadera o manipulada, que confirma nuestras creencias y opiniones, y desaparece la posibilidad de elegir contenido que no coincida con nuestro punto de vista. Por ende, se corre el peligro de pensar que lo que percibimos es una mirada objetiva sobre el mundo y que nuestra postura es la única verdad.

Los algoritmos no pueden ser categorizados como buenos ni malos per se, sino que depende de cómo se utilizan. Es por eso que es muy importante que como usuarios tomemos conciencia del rol de los algoritmos en nuestras vidas para poder aplicar ciertas estrategias que nos puedan ayudar a contrarrestar los efectos negativos de los mismos. Desde MLADI reconocemos los peligros de los algoritmos y enseñamos diversas técnicas para combatirlos. Una de las más importantes es curando lo que consumimos. Cada vez que consumimos algo digitalmente, reforzamos la idea que el algoritmo tiene de nosotros, por ende seguirá presentándonos el mismo contenido una y otra vez, filtrándonos así la realidad. Es por eso que debemos consumir con intención, porque sólo así volveremos a ser dueños de nuestras decisiones y opiniones.

Natalia Olivencia

Directora Ejecutiva MLADI



La sociedad compleja y la celebración del disenso (Parte I)

¿Cuántos países hay dentro de los Estados Unidos de América? En un interesante libro, “American Nations: a History of the Eleven Rival Regional Cultures of North America”, Colin Woodard sostiene que hay (11) sociedades distintas dentro de la geografía actual de la nación. Cada una tiene una historia y en parte esa historia sigue construyéndose. Por cierto, Estados Unidos no es el único país donde distintos grupos con distintas creencias han sido capaces de convivir y prosperar dentro del mismo marco de reglas de juego aunque, por cierto, ha sido la experiencia más exitosa.

Los pueblos y grupos que a la vez conviven y prosperan han podido lograrlo porque 1) perciben las diferencias como oportunidades o 2) porque han sido lo suficientemente eficientes tolerando al otro. Es decir, cuando no hay simpatía entre grupos debe haber un adecuado marco de delimitación de derechos de propiedad para que unos y otros sepan que la existencia de diversos modos de vida no supone una amenaza para ninguno. Es posible encontrar ambas explicaciones en la experiencia moderna de los EEUU. La excepcionalidad americana ha residido en gran parte en esa complementación tácita y virtuosa entre distintos modos de vida que no solo no amenazaban la existencia del otro sino que en muchas ocasiones la potenciaban.

La discusión reciente en los Estados Unidos es si esa particular combinación se ha complejizado de tal forma que los beneficios tácitos ya no son mayores que los (crecientes) perjuicios. Esta cuestión es uno de los temas centrales de preocupación para los defensores de las sociedades abiertas. Sin embargo, es necesario intentar profundizar la problemática para sopesar desafíos y oportunidades que recorren a la compleja y diversa sociedad americana del 2020. Así, la creciente complejidad y diversidad de grupos hace que, en demasiadas ocasiones, aquellos distintos modos de vida que antes simpatizaban entre ellos ahora apenas se toleren y, por su parte, aquellos que antes apenas se toleraban ahora se sientan incómodos e incluso amenazados por aquellas comunidades que tienen otras formas de vivir la vida.

Como mencionamos, si en el espíritu originario de los Estados Unidos anidaba la posibilidad de incorporar modos de vida distintos y eventualmente opuestos, esta reciente diversidad traída por la

prosperidad de posguerra y por el fenomenal suceso material del capitalismo tardío, ha confirmado por un lado la dificultad de vivir bajo las mismas reglas pero también ha generado la posibilidad de repensar si no hay un lugar para ejercer una opción de salida virtuosa dentro de la misma comunidad. Siguiendo al filósofo John Rawls, es necesario pensar en espacios donde se generen “overlapping consensus”, es decir, en ámbitos que hacen posible a distintos grupos compartir determinadas creencias y no compartir pero tolerar otras.

¿Hay un único ámbito posible donde los distintos actores pueden buscar acordar o, en cambio, hay distintos epicentros hacia donde converger, ejerciendo tácita o explícitamente una opción de salida? ¿La soberanía reside en un único lugar o son los Estados Unidos una experiencia tan excepcional como para que el poder resida paralelamente en un poder federal y en cada uno de los 50 estados? Es una pregunta posible porque el camino transitado por el país para convertirse en el más próspero de la historia refleja una concatenación entre aquel primer ejercicio de salida realizado por los peregrinos en el Mayflower, pasando por las distintas formas en que las personas y grupos han decidido ejercer la opción de salida buscando una nueva frontera en el oeste o en el contemporáneo ejercicio tácito de salida dentro de los 50 estados. Esa alternativa se refleja en la voluntad y capacidad de asimilar que ha devenido profundamente inconveniente buscar forzar puntos de encuentro cuando ya no es posible y, en cambio, si es posible tolerar y ayudar a construir disensos de baja y media intensidad. Es un camino difícil pero una parte importante de la historia de los Estados Unidos se construyó a partir de procesar los desacuerdos.

En un punto, el proceso de dispersión dentro de los propios límites de la geografía americana

podría pensarse como una búsqueda por institucionalizar el desacuerdo o, dicho de otra forma, por explicitar que esta experiencia ha sido posible y ha llevado a semejante grado de complejidad y prosperidad porque, de alguna u otra manera, siempre estuvo asumido que la convivencia descansaba más en la posibilidad de disentir que en la de consensuar.

El gran filósofo político contemporáneo Gerlad Gaus desarrolla un argumento similar en un artículo de 2011 (y lo profundiza en un complejo libro posterior): “A plausible social contract must be a diverse, not a normalized, contract. A normalized contract...is unpersuasive in its own terms and, more importantly, the social contract so conceived is unsuitable as the basis of a diverse society of free and equal persons. It only sees diversity and difference as problems to be coped with (and that by refusing to seriously think about them), not resources to be employed in justifying our laws and social rules. Once we understand the role of diversity in reasoning about the common good, we shall see that the general will in a diverse society is a matter of both discovery (“Just what norms and laws promote the common good?”) and a matter of social choice (“Given that we have different views of this question, how can all free and equal persons come to endorse common norms and laws?”). Such a contract of “bounded diversity,” gives us genuine insight into how a diverse society can come to share a general will, and so a common moral life...”. Gaus desarrolla el punto con una notable precisión: “The idea of a social world, and moving from one to the other is, I admit, somewhat unusual in contemporary liberal political philosophy. But I believe it has a great benefit of helping us see that many of our disputes about social and political morality are not simply about the values relevant to social evaluation, but the social worlds that we evaluate. If we are to think dynamically about the general

will and the common good, we must not simply consider what is best in our social world, but whether we should move to neighboring ones...” (“Between Discovery and Choice: the General Will in a Diverse Society”, Contemporary Readings in Law and Social Justice Volume 3(2), 2011).

Posicionar al disenso como el espacio central de la polis refleja una aspiración para vivir en sociedad. El bien común puede repensarse ahora desde la necesidad y aspiración de celebrar el disenso. Hay un bien común que rodea al núcleo central de la sociedad y que, como en el pasado, consiste en los acuerdos ya alcanzados y en acuerdos posibles pero, recientemente, las complejas y diversas sociedades prósperas han generado una distancia entre las distintas formas de vida que, ahora, son imposibles de conciliar. Paso seguido, la aspiración de vivir en comunidad requiere que muchos actores que antes buscaban acordar ahora comprendan que es preferible (más viable) buscar celebrar la diferencia o, más aún, celebrar el disenso, es decir, la imposibilidad de acordar.

La crisis de la democracia es principalmente la crisis del consenso. La democracia reciente se demuestra incapaz de regenerar consensos perdidos. La pregunta que sigue no es cómo modificar la democracia sino como repensar los límites del consenso, es decir, como posicionar al disenso en un “lugar o espacio democrático”. ¿Es la democracia quien mejor se encuentra capacitada para lidiar con el disenso, que es la característica principal de las recientes sociedades complejas o hay hoy otro sistema político mejor capacitado para ello? Esta es una pregunta capciosa: otros sistemas lidian con el disenso de una manera eficiente porque lo reprimen (los ejemplos paradigmáticos son China, Rusia, Irán o Arabia Saudita). Sin embargo, la democracia liberal es el único

sistema con la capacidad de lidiar con el disenso incorporándolo como parte del espacio público. Esta es una opción que tenían las sociedades abiertas en el pasado como posibilidad y en el presente como necesidad.

Parte del problema que enfrentan las democracias liberales es no comprender que no es un fracaso del sistema no lograr regenerar los consensos perdidos y es un fracaso del sistema la incapacidad de aceptar al disenso como nuevo actor político central del espacio público en las actuales sociedades complejas. El ejemplo paradigmático son los Estados Unidos. Así, la crisis de las democracias liberales contemporáneas no reside en la notable (estructural) incapacidad de lograr acuerdos en un espacio crecientemente polarizado sino en una sugerente demora en comprender que el disenso es un factor de estabilidad en las sociedades abiertas (y, por cierto, un factor de inestabilidad en las sociedades cerradas (con la consecuente necesaria represión). Profundizaremos sobre el papel estabilizador del disenso en los Estados Unidos en la segunda parte.

Pedro Isern

Director Ejecutivo CESCOS



A la conquista del 5G: el nuevo campo de batalla entre las principales potencias

El enfrentamiento entre China y Estados Unidos en el marco político, económico y comercial, conoce en la actualidad una nueva dimensión: el 5G. Esto impulsa al mundo una vez más hacia un nuevo esquema de lectura bipolar.

La disputa por el 5G, o el “internet de las cosas”, es la principal confrontación entre los Estados que se disputan la hegemonía mundial en la actualidad o la llamada ciberguerra por el control o dominio de las redes mundiales. Hablamos de la era de la geopolítica digital.

El desarrollo y el control de la quinta generación de redes móviles, encabeza como prioridad la agenda geopolítica y estrategia del coloso americano y del coloso asiático y nos pone a los consumidores en una perplejidad incierta y a los analistas en un entramado con aristas tecnológicas, políticas y comerciales difícil de abordar.

Cuanto más nos adentramos en el tema, el entramado se complejiza en medio de una creciente interdependencia. Es evidente que no es factible hablar hoy de oriente y occidente como si se tratara de compartimentos estancos que no interactúan y en el cual uno pudiera trazar líneas rígidas y dismantelar una trayectoria de acción de décadas. Ya no hay barreras que no hayan sido permeadas por el comercio, por la cultura, por la economía, por el turismo, en fin desde todos los ángulos posibles, y todos ellos de la gran mano de la conectividad que nos ha hecho posible, supuestamente, “hacer mejor las cosas”. Vivimos en un mundo complejo e interconectado para lo bueno y para lo malo. Más aún, hasta el momento, como consumidores, no nos preguntábamos quien estaba detrás de todo ello que nos facilitaba la vida. Pero detrás de la tecnología se tejen intereses y peligros que incluyen gobiernos, legislaciones, lobby, empresas y por supuesto los datos valiosos de nosotros los consumidores.

En “The Perfect Weapon: War, Sabotage and Fear in the Cyber Age” David E. Sanger, periodista del New York Times, hace referencia a “lo ciber” como la peor arma utilizada hoy en día por gobiernos. También hace referencia al conocido conflicto con la empresa china Huawei, estableciendo que la condena dista de ser fácil cuando hay demasiados trabajadores locales que trabajan en la institución en



diferentes partes del mundo. La interdependencia es sin dudas muy compleja.

Paso seguido, decidimos avanzar en la comprensión del tema para luego identificar las tensiones detrás de las mismas y analizar cómo Estados Unidos y China se posicionan respecto a este crucial tema. El 5G es entonces una nueva tecnología móvil, más precisamente es la quinta generación de redes móviles inalámbricas, que se desarrolla en consecuencia de la evolución de las redes tecnológicas preexistentes; es decir, el 1G, el 2G, el 3G y el 4G.

La diferencia entre éstas redundan en su alcance: la primera permitía la conexión por medio de llamadas, la segunda permitía llamadas y SMS, la tercera permitía las anteriores más internet, la cuarta las anteriores más streaming y la última permite la conexión por medio del “internet de las cosas”. A pesar de que se sigue desarrollando, se espera que en el futuro el 5g permita, con la incorporación de una mayor capacidad de frecuencia, que autos, heladeras y, entre otros, computadoras, se conecten a una sola red que facilite el control de estos utensilios electrónicos. Inclusive expertos en el área de la inteligencia artificial explican que el 5G permitirá la implementación de las “ciudades inteligentes”.

Además, a medida que avanza el alcance de estas tecnologías, también lo hace su velocidad, su capacidad de transmisión de datos, su latencia, su tiempo de respuesta y la conectividad entre usuarios (la latencia es la suma de retardos temporales desde una red).

No obstante, el nacimiento de esta nueva tecnología plantea una gran cantidad de desafíos. Entre ellos, la proliferación de la información, la exposición de datos y la vigilancia. Es en torno a esta lógica que los principales Estados del mundo se enfrentan en este “campo de batalla” con final

incierto e inquietante. Según palabras de Jaffrot (2020), “el debate pasa hoy en día por elegir quien te va a espiar”, ¿será así? ¿Cuán lejos estamos de ello en estos lugares remotos del mundo?

Ahora bien, ¿Cuán peligroso es este mundo que nos promete dar una conectividad total, en el que se multiplicaran las autopistas de la información? ¿A qué y a quienes nos estamos exponiendo como usuarios y consumidores revelando nuestros datos? ¿Cómo se posicionan las principales potencias con respecto a este tema? Somos desde Uruguay simples espectadores o protagonistas-víctimas de esta nueva batalla?

Algunas de estos interrogantes motivan este ensayo e intentan ser abordados. Lejos de una respuesta contundente, abren nuevos interrogantes y nos interpelan como analistas y consumidores. Como mencionamos, el mundo del futuro que impulsa el 5G promete hacer mejor las cosas, de una manera más eficiente y en menos tiempo. En eso estamos todos en la misma página.

Y en este “mundo 5G”, ya tenemos evidencias a través de showrooms concretos en algunas ciudades chinas, como por ejemplo Shenzhen (también llamado el Silicon Valley de China), donde existen grandes atractivos para sus 12 millones de habitantes y se han construido 46 mil estaciones base de 5G. Solo como ejemplo, con el 5G se salvarán millones de vidas ya que se podrán realizar cirugías en forma remota, conectando pacientes con expertos sin necesidad de traslado. Eso es positivo para todos.

Ahora bien, cuando entramos a mirar los peligros y los riesgos y quien esta detrás de esto, cuando analizamos los organismos que controlan esta información en cada parte del

del mundo y el uso potencial que se le podrían dar a esos datos, entramos en terrenos bastante más oscuros. Y eso es lo que nos preocupa sobre todo cuando nos referimos a mundos más desconocidos que otros, con leyes y modus operandi que no son del todo familiares desde una mirada occidental.

Esa idea de la vigilancia total, esa idea de una lógica basada en extraer nuestra data es lo que de algún modo nos expone y nos preocupa. Son inquietantes los datos que pueden sacarse de nuestra tecnología y su potencial uso. También el “poder” que adquiere esa tecnología capaz de paralizar ciudades, puertos y aeropuertos con solamente un clic.

Analistas destacados señalan que elegir de algún modo quien opera nuestra tecnología será en un futuro señal de un alineamiento geopolítico y comercial. Las libertades individuales están puestas en el centro de este debate en el que estamos lejos de contestar todos los interrogantes planteados. Queda mucho camino por recorrer...

María Supervielle

Vicepresidenta CESCOS

Maria Virginia Martinez

Fellow CESCOS

Número 12, año 1
Diciembre 11 de 2020

Editores

Pedro Isern y Agustín Pizzichilo

Asistentes: Angelo Bardini; Lucia Salvini; María Virginia Martínez; Pilar Fazio

Otros links de interés:

- ¿Qué pasa en Estados Unidos? Ante el desafío de la pandemia, las elecciones y china: <https://bit.ly/3oFVW8y>
- Open lecture: <https://bit.ly/3eaZdb7>

Podcast - ¿Cuál es el plan?

- [Impeachment contra Donald Trump](#)
- [Elecciones primarias en Estados Unidos](#)
- [Racismo en USA](#)
- [Trump positivo COVID 19 y el primer debate en la recta final - Parte I](#)
- [Trump positivo COVID 19 y el primer debate en la recta final -Parte II](#)



Un proyecto de CESCOS

Para más información ingresá en www.cescos.org